

El futuro según Teilhard: entre la visión y la realidad

Las direcciones del porvenir, el ritmo de la evolución y el umbral del ultrahumano

Guillermo Agudelo Murguía

Cuando Pierre Teilhard de Chardin escribió *The Directions and Conditions of the Future* en 1948, la humanidad emergía de la crisis más profunda de su historia. Lejos de refugiarse en el pesimismo, Teilhard identificó poderosas fuerzas evolutivas que, según su visión, impulsaban al mundo hacia una mayor unidad y una conciencia más elevada. Al mismo tiempo, advirtió que ese movimiento ascendente podría derrumbarse si no se cumplían tres condiciones fundamentales: duración, salud y síntesis espiritual.

Setenta y ocho años después podemos observar, a veces con admiración y a veces con preocupación, lo que ha ocurrido. Las direcciones que Teilhard describió se han desplegado, en ocasiones con una velocidad sorprendente; pero la falta de equilibrio entre la expansión material y el desarrollo interior ha generado consecuencias que él anticipó con notable claridad. Este escrito examina ese recorrido, lo enlaza con el ritmo acelerado de la evolución y desemboca en la cuestión que da sentido a todo lo demás: el paso hacia el ultrahumano.

Conviene anticipar desde ahora la idea que vertebrará todo lo que sigue. Las tres grandes direcciones que Teilhard señaló se han cumplido con creces: la humanidad se ha unificado de hecho a través de la economía y las comunicaciones, la tecnología se ha expandido más allá de cuanto él pudo imaginar y la visión científica del universo ha alcanzado una amplitud sin precedentes. Lo que no se ha cumplido son las condiciones que debían sostener ese avance. El progreso, en otras palabras, ha seguido fielmente las direcciones previstas, pero sin las condiciones interiores que lo harían saludable; y en ese desfase reside toda la cuestión.

Primera parte: las direcciones del futuro

1. La unificación social: una dirección necesaria, un camino interrumpido

En 1948 el mundo parecía encaminarse hacia una fase inédita de convergencia. La creación de las Naciones Unidas, el anhelo de evitar una nueva guerra y los esfuerzos de reconstrucción sugerían que las naciones habían comprendido, por fin, la necesidad de cooperar. Por un breve instante histórico, pareció que la humanidad estaba lista para reconocerse como un solo cuerpo.

Pero esa esperanza se desvaneció pronto. La Cortina de Hierro dividió el planeta en dos bloques irreconciliables, y la Guerra Fría convirtió la tendencia hacia la unificación en una estructura de antagonismos permanentes. Y aunque el muro cayó, la unificación no siguió el camino previsto: resurgieron los nacionalismos defensivos, la polarización interna, la competencia entre bloques y las desigualdades de la globalización.

El resultado es una paradoja evolutiva: la humanidad está hiperconectada, pero profundamente dividida. La interdependencia global no se ha traducido en integración consciente. Hoy enfrentamos desafíos que ningún país puede resolver solo —el cambio climático, las pandemias, el agotamiento de recursos, la inteligencia artificial, la migración masiva—, pero la conciencia colectiva aún no se ha elevado al nivel de esa exigencia. Estamos unidos de hecho, por la economía y la tecnología, pero no en espíritu.

2. La expansión tecnológica: avance extraordinario, conciencia insuficiente

Teilhard intuía que la tecnología sería una de las fuerzas decisivas del futuro, pero ni él, capaz de anticipar la noosfera, pudo prever su magnitud y velocidad. Lo que entonces eran herramientas mecánicas es hoy una red planetaria de información, automatización e inteligencia artificial que estructura todas las dimensiones de la vida. Desde su perspectiva, esto prolonga la evolución: la tecnología es “el brazo exterior de la conciencia”.

El problema no ha sido el progreso técnico, sino el desequilibrio entre su crecimiento y el desarrollo interior. La expansión tecnológica ocurrió, como él temía, sin una expansión equivalente de la conciencia: dependencia de sistemas que no comprendemos del todo, un ritmo que fragmenta la atención, desigualdades ampliadas, vínculos humanos sustituidos por vínculos tecnológicos y el riesgo de máquinas que operan sin brújula ética.

La inteligencia artificial marca un punto crítico: es la primera vez que la humanidad crea una forma de inteligencia capaz de influir en sus propias decisiones evolutivas. Si la tecnología no se integra conscientemente en un proyecto de crecimiento humano, se vuelve una fuerza que dispersa y fragmenta. Hemos elevado el poder de nuestras herramientas, pero no en igual medida la calidad de nuestra conciencia.

3. La elevación de la visión: un avance intelectual sin madurez espiritual

La tercera dirección no era material, sino interior: la elevación de la visión humana. A medida que el conocimiento científico se expande, decía Teilhard, la humanidad adquiere una comprensión más profunda de la unidad del universo. En este punto el período 1948-2026 confirma plenamente su intuición. Jamás se había ampliado tanto el horizonte del pensamiento: hoy sabemos casi cómo nació el universo, cómo emergió la vida, cómo funciona el cerebro y cómo se estructura la materia desde lo ínfimo hasta lo inmenso.

Sin embargo, la expansión de la visión no ha ido acompañada de una expansión proporcional de la interioridad. Sabemos más, pero no necesariamente comprendemos

más; tenemos una mejor imagen del cosmos, pero no una conciencia más elevada de nuestro lugar en él. La crisis climática, la desinformación y la polarización son síntomas de una visión extensa pero superficial: vemos mucho, pero entendemos poco. La noosfera se ha vuelto una red explosiva de información, pero no todavía una esfera unificada de comprensión. Poseemos la visión necesaria para entender nuestro destino, pero aún no la conciencia necesaria para asumirlo.

Segunda parte: las condiciones del futuro

La condición de duración: no agotar la Tierra

La primera condición es la más elemental: la humanidad solo puede continuar su evolución si asegura su propia duración biológica, es decir, si no destruye las bases materiales que le permiten existir. Teilhard tomó esta idea de Fairfield Osborn y su libro *Our Plundered Planet*, que denunciaba el saqueo del capital natural: suelos, bosques, agua dulce, vida marina y energía acumulada durante millones de años.

La realidad posterior confirmó la advertencia con exactitud alarmante. Desde 1948, la demanda de energía se multiplicó enormemente, los combustibles fósiles se volvieron la base del sistema económico, los suelos se degradaron, la extracción de agua superó la recarga de los acuíferos y numerosos ecosistemas cruzaron puntos de no retorno. Pese a los avances en energía solar, eólica y nuclear, el mundo no ha logrado liberarse de su dependencia del carbono, y la transición energética llega tarde, bajo la presión del colapso climático. La primera condición, en suma, no se ha cumplido: asegurar la duración implica hoy restaurar la Tierra tanto como avanzar, porque no hay evolución posible sobre un planeta exhausto.

La condición de salud: el equilibrio del organismo colectivo

La segunda condición no se refiere a la mera supervivencia física, sino a la salud global de la humanidad como organismo colectivo. Teilhard emplea aquí la palabra eugenesia, pero no en el sentido negativo que adquirió en el siglo XX, sino en su sentido etimológico: las condiciones que permiten un buen desarrollo del ser humano. Su preocupación es el equilibrio, no la eliminación; nada que ver con selección o control de individuos.

La salud evolutiva depende de un entorno físico compatible con la vida, de un equilibrio social que permita el crecimiento interior y de una relación sostenible entre población y recursos. Para Teilhard, la humanidad sana es aquella que crece en número solo en la medida en que crece en conciencia. El diagnóstico de 2026 es delicado: tensión entre países, polarización interna, ansiedad colectiva, deterioro ecológico, desigualdad creciente y desbordamiento informativo. La humanidad tiene más energía que nunca, pero no logra organizarla, y esa, para Teilhard, es la señal más clara de enfermedad del organismo planetario.

La condición de síntesis: la necesidad de un centro unificador

La tercera condición puede formularse así: la humanidad necesita un proyecto común, una visión compartida de su lugar en la evolución y un sentido de responsabilidad planetaria que oriente sus acciones. Esto implica reconocer la interdependencia, una ética planetaria, una conciencia ecológica profunda y la disposición a cooperar más allá de los intereses inmediatos. No se trata de inventar una creencia nueva, sino de madurar la conciencia colectiva para coordinar la inmensa energía que la humanidad ha liberado.

Teilhard afirma que la síntesis no es una utopía, sino una necesidad biológica: sin un centro de coherencia, la especie corre el riesgo de desintegrarse bajo su propio peso. Por eso la síntesis sostiene a las otras dos condiciones: sin síntesis no hay salud, sin síntesis la duración es imposible, sin síntesis la evolución se vuelve entropía.

Tercera parte: el ritmo de la evolución

Hasta aquí, el diagnóstico. Pero hay una razón de fondo por la que este siglo, y no otro, resulta decisivo. Tiene que ver con el ritmo mismo de la evolución.

Cuando se mira la historia de la vida desde lejos, lo que llama la atención no es la variedad de formas, sino la velocidad con que se suceden. La vida apareció hace unos tres mil ochocientos millones de años; las primeras células complejas, hace mil quinientos millones; los vertebrados, hace quinientos millones; los mamíferos, hace ciento setenta millones; los primates, hace cincuenta y seis millones; los homínidos, hace seis millones. Si se escriben esas cifras una bajo otra, no aparece una distribución pareja, sino una aceleración: cada novedad importante surge en un intervalo más corto que la anterior. La evolución no anda al mismo paso; se apura, y se apura siguiendo lo que parece una ley.

Esa regularidad ha sido observada desde ángulos distintos. José Díez Faixat notó que los grandes saltos aparecen siguiendo una progresión semejante a la sucesión armónica de un instrumento musical, como si la materia llevara dentro un tempo. El astrofísico Eric Chaisson, por su parte, propuso medir la complejidad de cualquier sistema por la densidad de energía libre que lo atraviesa, y al aplicar ese índice a los grandes hitos evolutivos, el crecimiento de la complejidad aparece en varios puntos cercano a la sucesión de Fibonacci, presente en tantos patrones de la naturaleza. Conviene tomar estas coincidencias como observaciones sugerentes más que como leyes establecidas; con esa cautela, dos miradas independientes apuntan en la misma dirección: la evolución no sería un caminar del todo al azar, sino que llevaría sobrepuesto a las mutaciones un ritmo que se deja describir.

Esta regularidad tiene una consecuencia incómoda. Si la complejidad crece de ese modo y los intervalos se acortan, la curva que une los puntos tiende a una hipérbola, y una hipérbola, llevada al límite, conduciría a un crecimiento infinito en un tiempo finito, algo que ninguna realidad física soporta. Por fuerza, en algún punto debe aparecer una inflexión: un momento en que el crecimiento se detiene, se reorienta o se rompe.

Proyectada hacia adelante, esa inflexión cae en torno a nuestro propio siglo. No es una predicción precisa, sino una consecuencia geométrica: no dice qué ocurrirá, sino que algo ocurrirá.

Lo notable es que distintos caminos convergen en ese umbral. El cálculo termodinámico de Chaisson lo sitúa hacia el año 2100. Jürgen Schmidhuber, desde la teoría de la información, ha señalado que los grandes hitos de la historia evolutiva y cultural caen en intervalos que se acortan según un factor constante, convergiendo hacia un punto en torno a mediados de este siglo. Y Teilhard, sin dar fecha, afirma que el ser humano está llamado a evolucionar hacia un estado superior. Tres tradiciones distintas —una termodinámica, una algorítmica y una filosófica— llegan al mismo lugar. Una convergencia tan amplia ya no se explica por casualidad.

Cuarta parte: el umbral del ultrahumano

Hay una observación que da sentido a todo lo anterior. Si se relee la sucesión de los grandes saltos, se advierte que el aumento de complejidad no es solo aumento de estructura material: cada salto ha implicado, simultáneamente, un aumento de conciencia. La célula percibe más que la molécula; el vertebrado, más que el invertebrado; el mamífero experimenta un mundo más rico que el reptil; el primate, más que el mamífero; el ser humano, más que el primate. Y dentro del propio Homo, la conciencia ha seguido profundizándose, del ser humano arcaico al moderno, del civilizado al de la era de la información. Cada escalón evolutivo ha sido también un escalón en la capacidad de experimentar y de saber que se sabe.

Si la curva continúa —y aquí Teilhard se vuelve indispensable—, el próximo salto debe ser un nuevo aumento de conciencia. No solo más inteligencia, no solo más capacidad técnica, no solo más información disponible: conciencia. El ultrahumano del que habla Teilhard no es un humano más rápido o más conectado, sino un humano más despierto. El punto de inflexión que se aproxima, si la línea evolutiva se mantiene, debería marcar un cambio en la cualidad misma de la experiencia, no solo en sus capacidades externas. La conciencia no es un subproducto incidental de la evolución: es su dirección. Lo que la curva ha estado persiguiendo durante miles de millones de años es hacerse más consciente de sí misma.

Aquí se cierra el círculo con el diagnóstico de las primeras partes. El ultrahumano no llegará de forma automática. Las tres condiciones que Teilhard señaló —duración, salud y síntesis— son precisamente lo que aún no hemos cumplido, y son la puerta por la que ese salto de conciencia puede o no producirse. La aceleración nos ha llevado hasta el umbral; pero cruzarlo hacia el ultrahumano, y no hacia la dispersión, depende de que la expansión interior alcance por fin a la expansión exterior. El desfase entre lo que sabemos y lo que comprendemos es, a la vez, el diagnóstico de la crisis y la condición del próximo paso.

Conclusión: una tarea inaplazable

Setenta y ocho años después de Teilhard, el panorama es nítido. Las direcciones que él señaló —la unificación social, la expansión tecnológica y la elevación de la visión— se han cumplido ampliamente; pero las condiciones necesarias para sostenerlas —duración, salud y síntesis— no se han alcanzado. El resultado es una humanidad poderosa pero desequilibrada, interdependiente pero fragmentada, informada pero desorientada. Estamos, exactamente, en el punto que Teilhard temía: un planeta unido de hecho, pero dividido en espíritu.

La mayor lección de este recorrido es sencilla: la evolución ya no avanza sola; ahora depende de nosotros. Por primera vez en la historia, la continuidad de la especie como agente consciente no está garantizada por la selección natural ni por la inercia técnica, sino por la calidad de nuestras decisiones. La Tierra puede sostener la vida, pero no un crecimiento sin equilibrio; la tecnología puede ampliar nuestra acción, pero no darnos sentido; la visión puede mostrar el camino, pero no obligarnos a recorrerlo.

El ritmo de la evolución nos ha conducido hasta un umbral que se alcanza precisamente en este siglo. Lo que viene después —el ultrahumano que Teilhard vislumbró, entendido como un salto de conciencia y no de mera potencia— no está decidido. Es, por primera vez, una elección. Teilhard confiaba en las nuevas generaciones, no por idealismo, sino porque son las únicas que viven naturalmente en un mundo global e interdependiente y comprenden, a veces sin palabras, que la supervivencia exige cooperación y que la síntesis no es una utopía, sino una necesidad.

Él mismo, en las cartas de guerra reunidas en Génesis de un pensamiento, confió una convicción que hoy resuena con fuerza renovada: el porvenir, escribió, es *más hermoso que todo el pasado*. El futuro, en ese sentido, no se espera: se construye¹. Y ahora, más que nunca, construirlo es un deber compartido. Si la humanidad logra despertar la síntesis interior que él entrevió, podrá retomar el camino ascendente de la evolución. Si no, correrá el riesgo de convertirse en una etapa interrumpida del proceso cósmico. El porvenir sigue abierto; depende de nuestra conciencia darle dirección.

---:---

¹ Palabras de Maurice Blondel (1861-1949), filósofo en relación con Teilhard.